

PASO TERCERO.

Pálida y triste, y derramando llanto,
Contemplando la luna plateada,
Yace una bella, y á la vez contando,
Las largas horas que el reloj señala.

Los blancos brazos apoyados tiene
Del balcon chico de su humilde casa,
Sobre el delgado barandal de fierro,
Humedecido con sus tristes lágrimas.

Una de sebo miserable vela,
Alumbra apenas la pequeña sala
De su vivienda, donde mueble alguno
No se descubre, ni ninguna alhaja.

Contiguo un cuarto do la luz refleja
Que la vela despide, luz bien pálida,
Se encuentra donde sobre un lecho duro,
Tres niños tiernos sin dolor descansan.

La triste hermosa sus llorosos ojos
De las estrellas y la luna aparta,
Para volverlos al humilde cuarto
Donde sus hijos adorados se hallan.

No hay otro sér en la vivienda aquella
Que la miseria mas terrible marca;
Todo revela el abandono triste
En que los séres que la habitan se hallan.

—¡Ah! ¡Dios piadoso! la infelice madre,
Mirando al cielo, prorrumpió sin calma,
Ten compasion, ten compasion, te ruego,
De esta mujer en su fatal desgracia.

¿No he padecido ¡oh Dios! diez y seis años?
¿Es preciso que aun mas pague mi falta...?
¡Ah...! por piedad...! este terrible golpe
Mi vida ha de acabar...mi vida amarga...

Ten compasion, ten compasion, ¡oh Padre!
De esta infeliz mujer y de sus lágrimas,
Y vuélvele amoroso, la hija tierna
Que malhechores viles le robaran...!

No por mí, no por mí, sino por ella,
Porque no pierda la virtud del alma:
¡Cármén...Cármén...! mi amor...hija querida,
Cuántas ¡ay! me has costado tristes lágrimas.

¡Endónde, en dónde estás! ¿dónde esos hombres.
Te han escondido que ninguno te halla..?
¡Ah! si yo, hermosa, te buscase, es cierto
Que en el instante mismo te encontrara.

De una fiel madre el corazón descubre,
Si de los hijos de su amor se trata,
Aun lo mas hondo, sí, lo mas oculto,
Que no hay para ella, no, imposible, nada.—

Y al decir esto, dirigió los ojos, —
Arrasados, ¡oh Dios! de amargas lágrimas,
Hacia el humilde cuarto de sus hijos
En dulce sueño y plácido se hallaban.

Para apreciar en su valor esacto
Todo el dolor que padecía el alma
De la infeliz y angelical María,
Es preciso decir cuatro palabras.

Desde la horrenda enfermedad impía,
En que á las puertas de la tumba helada
Estuviera D. Juan, como leimos
Al principio de esta obra que se alarga;

Débil quedó, muy débil de cerebro,
Y el pesar mas pequeño ya bastaba
Para que el juicio lo perdiera al punto,
Y que para cobrar, mucho costaba.

El buen lector ha de tener presente,
La que tuvo D. Juan, feliz ganancia,
Aquella noche en que el Doctor malvado,
Quiso triunfar de su consorte amada.

Pues bien, la suerte en el octavo día,
Le fué en extremo por su mal, contraria,
Y en la miseria al contemplarse hundido,
Perdió, infelice, la razón amada.

Golpe fatal para la fiel María
Fué este, sin duda, en su desdicha amarga;
Y á la hermandad de S. Vicente, buena,
Debió el sustento en su desdicha bárbara.

¡Oh! cuánto, cuánto bendecir se debe
A esos mortales de sensibles almas,
Que en socorrer se ocupan á los otros,
Y en enjugar sus infinitas lágrimas.

¿Qué hubiera sido de la fiel María,
Tímida y triste en la miseria bárbara,
Con un esposo de razón privado,
Si tales séres por su bien no hallara?

¡Ah! nadie sabe... la virtud mas firme
Naufragar puede entre miseria tanta;
El hambre, el hambre cuando acosa, impía,
A los mayores crímenes arrastra.

Pero el Señor que de sus buenos hijos
Jamás se olvida, aunque sufrir les haga,
Atendió amante á la infeliz María,
Cuando todo en el mundo le faltaba.

Mientras, sin juicio, su adorado esposo
Por veinte días se encontró y sin calma,
De S. Vicente Paul lo necesario,
Los hermanos humildes le llevaban.

Y médico, y botica y alimentos,
Todo, todo, contentos, la franqueaban;
Y solo retiraron el sustento
Cuando ya la razón D. Juan cobraba.

¡Sí; la razón cobró, pero el más leve
El pesar más pequeño ya bastaba,
Para que el triste, á trastornarse al punto
Volviese por su mísera desgracia.

Estos recuerdos, al dolor unidos
Del robo impío de su Cármen, cara,
En el balcón, á la infeliz María,
En la noche en que estamos, la abrumaban.

Y tanto estaba embebecida en ellos,
Que el ruido no escuchó, ni las pisadas
De un hombre vil que, recatando el rostro,
Penetró, audaz, en la pequeña sala.

Más aquel hombre que notó que nadie
Entrar le viera en la pequeña sala,
Tras un momento de silencio, dijo,
A la que estaba en el balcón sin calma:

—Entretenida estais, bella María,
En contemplar la luna plateada.
—¡Doctor...! ¡ah! ¿sois vos?—Sí; yo que no olvido
Nunca el objeto que idolatra el alma.

—Señor Doctor, innumerables veces
Vuestro amor os he dicho que me infama:
Dijo María, del balcón entrando
A la pequeña y desprovista sala.

—Es lástima, María, que no escuche
D. Ramiro Landía esas palabras,
Para que nunca os acusase el necio,
De inconstante, de pérfida ni ingrata.—

Quedó María, cual de un rayo, herida,
Del Doctor al oír tales palabras,
Sin encontrar respuesta en el momento,
En la sorpresa que sufrió impensada.

El efecto terrible y espantoso
Que hicieron en la esposa desdichada
Estas palabras, el Doctor impío,
Con un placer satánico observaba.

—Doctor Doctor, mentís, dijo María,
Como la muerte, la infelice, pàlida,
Despues de un largo rato de silencio:
Jamás ninguno me acusó de ingrata.

—Sin duda os olvidais en este instante
Del dia aquel de penas y de lágrimas,
En que á las puertas del sepulcro, Càrmen,
Vuestra hija tierna y mísera, se hallaba.

Os olvidais de la afliccion terrible
Que de Landía en la suntuosa casa
Vuestro sensible corazon sentia
La paz perdida y la quietud y calma.

Y del secreto os olvidais, María,
Que vuestro labio allí le revelara,
Haciéndole saber que Càrmen era
El fruto de uu amor que á Dios ultraja.

—¡Por compasion, callad., dijo María,
Temblando toda de temor y pàlida:
¡Por compasion, Doctor, hablad mas bajo,
No á escuchar llegue alguno esas palabras.

—Nada temais: vuestro secreto, hermosa,
Oculto ha de ecistir dentro de mi alma:
Oculto ha de ecistir, si vos el fuego
Premiais, que el pecho y corazon me abrasa.

A esto he venido: á proponeros ahora
Paz ó guerra sin fin, ventura ó lágrimas:
De vos depende, pues, que vuestro esposo
Ignore, hermosa, vuestra horrible falta.

—Sr. Doctor, no pretendais mi muerte,
Haciendo sobre mí que el crimen caiga.
—¿No premiareis mi amor...?—Sobre mi frente
Que aparezca no quiero nueva mancha.

—Pues bien, no hablemos mas: sabrá qué esposa
El buen D. Juan en su pasion halaga:
Sabrá al instante vuestra horrenda culpa,
Culpa inaudita que al honrado mata.

—¡Dios mio..! Doctor, Doctor...
Por piedad, tened la lengua....
No divulgéis, por favor,
Si os merezco algun amor,
Con mi desgracia, mi mengua.

No querais mi perdicion:
No querais que de amargura
Se inunde mi corazon:
Tened, tened compasion,
Por la Madre de Dios pura.

No hagais que el dolor aflija
 Con mas fuerza mi tierna alma:
 Permitid que esto os escija;
 Pues con el robo de mi hija,
 Me robaron ¡ay! la calma...!

— María, feliz sereis
 Si á mi deseo accedeis:
 Ninguno sabrá el secreto;
 Y al mismo tiempo os prometo
 Que á vuestra Cármen vereis.

— Doctor, ¿á mi hija...? exclamó,
 Acercándose á él María...
 ¿Sabeis do está la hija mia...?
 No me lo oculteis, ¡oh! no,
 Y os deberé mi alegría.

¡Doctor, Doctor, ¡ah! yo olvido
 El mal que hasta hoy me habeis hecho:
 Pues si por vos he sufrido,
 La noticia que hais traido
 Ha consolado mi pecho.

Pero ¿es verdad, es verdad
 Que sabeis do está mi hija...?
 Respondedme, por piedad:
 No hagais que mi alma se aflija
 Con tal silencio, acabad...

— Sé donde está en este instante;
 Mas nunca os he de decir
 Do se halla vuestra hija amante,
 Si no llego antes á oír
 Que premiais mi amor constante.

Un bien por un bien os doy;
 Mas si aun así no accedeis,
 Firme y decidido estoy
 A decir á D. Juan hoy
 Que de otro una hija teneis.

— ¡Doctor, Doctor...! ¡ah...! por Dios...!
 Sed una vez generoso...
 Nada digais á mi esposo...
 Encuentre esta pobre en vos
 El anhelado reposo.

¡Ah! no me querais perder
 Cometiendo una imprudencia...!
 Hacedme á mi Cármen ver,
 Y no amargueis la existencia
 De esta infelice mujer...!

¡Oh...! no me hagais un perjuicio...
 Vos sabeis que está propenso
 Mi esposo á perder el juicio;
 Y que lo ha de perder pienso
 De mi deshonra á un indicio.

No ignorais que estuvo ha poco,
 Por perder, lo que ganado
 Hubo antes el desgraciado,
 Mas de veinte dias loco,
 Furioso y desesperado.

—Lo sé, lo se, y no he querido
 Por tanto decirle nada;
 Y ocultamente he venido,
 Por eso, mujer amada,
 A vuestras plantas, rendido.

Ceded, pues, ceded, María,
 A mi pasión ardorosa,
 Y sereis desde este día
 Vos la mujer mas dichosa
 Que ecxiste en la tierra impía.

Vereis á Cármen: podreis
 Abrazarla contra el seno;
 Y si á mi ruego accedeis,
 En mí un esclavo tendreis
 De constancia y de amor lleno.

—¿En eso insistís, Doctor...?

—En eso, María, insisto:
 Necesito vuestro amor,
 Porque de amaros ecxisto
 Con tan indecible ardor.

Pero si con rigor fiero
 Me despreciais esta vez,
 Aquí á vuestro esposo espero,
 Y humillaré esa altivez,
 Que en ternura cambiéis quiero.

Escojed, que el tiempo corre,
 Entre el baldon y el amante;
 Elegid en el instante:
 Amándome, hareis se borre
 Vuestra falta difamante.

—¡Por piedad...! mirad mi llanto...!
 ¿Quereis, oh cielo bendito,
 Que cometa otro delito...?
 Delito que mi quebranto
 Aumentará al infinito...?

¡Piedad...! ¡piedad, buen Doctor...!
 ¡Ah...! tened piedad de mí...!
 Cometí aquel grave error
 En medio del frenesí
 Que me inspiró un ciego amor.

Mas vos habeis presenciado
 Mi eterno arrepentimiento,
 Y visto que ni un momento
 A mi deber he faltado,
 Llorando mi error cruento...!

—¿Aun resistís...? Bien, en breve
Vuestro esposo ha de saber
A quién tiene por mujer,
Y vuestra conducta aleve
Castigará á su placer.

—¡Dios mio...! dijo, cayendo
De rodillas ante aquel
Hombre bárbaro y cruel,
Y mil lágrimas vertiendo.
Que descendian sobre él.

—¡No queráis mi perdicion...!
Pedidme otra cosa, sí,
Que no sea mi baldon,
Que á todo, mi corazon
Accederá al punto aquí.

—No, María, nada quiero
Mas que vuestro amor ahora:
Sed mia solo una hora;
De lo contrario, aquí espero
A vuestro esposo, señora.

—¿No hay remedio, santo Dios,
A salvarme de esta suerte...?
—No ecsiste otro para vos.
—¡El sacrificio es muy fuerte...!
—Pero queda entre los dos:

Cedeis á mi ardiente afan
Por un instante, María,
Ganando así el alma mia,
Y nada sabrá D. Juan
De vuestra conducta impía.

—¡Cuán infeliz soy, Doctor...!
¿Y mi hija...?—Libre estará,
Y á la casa volverá,
Donde lleno de dolor
Su padre amoroso está.

—¡Mi esposo...! ¡mi hija...! ¡Dios santo!
Su felicidad en mi
Hallar pueden ahora...sí...
Su ventura ó su quebranto
Tengo á mi albedrío aquí.

—Sí, teneis en tal momento
En vuestra mano, María,
Su desgracia y su alegría,
Su ventura y su tormento,
Su dicha y su pena impía.

—¡Oh...! ¡terrible situacion...!
¡Cuánto, cuánto á una hija se ama...!
¡No pagar vuestra pasion,
Vuestra pasion que me infama,
Es firmar su perdicion...!

—¿Admitís..? dijo afanoso
El Doctor, que así la advierte
Y ella exclamó, sin reposo,
“No, no: prefiero la muerte...
“Decidle todo á mi esposo..”

“Decidle, sí, hombre cruel,
“A la par que amante necio,
“Que he sido una esposa infiel:
“Que mas que el bien vuestro, aprecio
“La muerte que me dé él...”—

Quedó el Doctor sorprendido
Con aquella no esperada
Resolucion, y abatido,
Viendo por tierra caido
Su plan, por la desdichada.

Mas, de su sorpresa vuelto,
Su sangre fria cobrando,
Y aun el vencerla esperando,
Iba ya á hablarla resuelto,
La su falta ponderando;

Cuando pasos se escucharon
De alguien que hacía allí venia,
Y ambos mudos se quedaron,
Y las ansias se aumentaron
En la infelice María.

—¡Huid...huid, por favor..!
Mi esposo es..! terrible afan..!—
Y recelando el Doctor
Que sospechase su amor
El descuidado D. Juan,
Contestó: “voy á salir
Por complaceros, hermosa;
Mas sabed que si á decir
Llegais á él la menor cosa,
Ha vuestra hija de morir.

Obrad, pues, con discrecion.”
Y saliendo de la sala
Ya con precipitacion,
Se bajó por el balcon,
De cuerda por una escala:

Pero D. Juan llegó á entrar
En el punto que salia;
Y que huyó llegó á notar,
Un hombre con quien María
Debió grande espacio estar.

Y frenético, agarrando
A su esposa fuertemente,
Que le miraba temblando,
Esclamó, en ella fijando
Su vista resplandeciente:

¡Infame..! mujer vil.. ¿quién es ese hombre
Que acaba de salir por el balcon..?
Dime al instante el maldecido nombre
Del que me cubre de hórrido baldon.

Dime quién es: dime quién es, perjura:
Dijo, viendo la escala con afan,
Que al huir con temor y con presura,
Quitar no pudo el pérfido galan.

—¡Esposo, esposo mio..! te amo, te amo!
Soy inocente, te lo juro...sí...
Te lo juro, por Dios, que no te infamo,
Y que siempre te soy constante á tí...!

—¡Mientes..! mientes, mujer..un hombre solo.
Estaba aquí contigo por mi mal:
Si no existia contra mí algun dolo,
¿Por qué salió por el balcon fatal?

Necesito su sangre: necesito
A pedazos romper su corazon,
Y castigar tu impúdico delito
Con una eterna ya separacion.

Sí: no pueden vivir debajo un techo.
Los tiernos hijos y la madre infiel...
Tú nuestros santos lazos has deshecho,..
Vivirán con su padre tierno y fiel.

Haye de aquí...con tu fatal aliento
No emponzoñes los hijos de mi amor...
Hoye de aquí, María, en el momento,
Porque me inspira tu presencia horror..!

—¡Creedme, creedme por Dios, soy inocente..!
Dijo llorosa, echándose á sus piés:
Ninguna mancha impura hay en mi frente...
Pura está mi alma del baldon que crees..!

—¿Intentarás negar que de aquí un hombre
Acaba de salir?—No niego, no:
Acaba de salir.—Pues bien, su nombre..
—Te juro que sin culpa me hallo yo...

—Su nombre te pregunto.—Esposo mio,
Ten compasion, ten compasion de mí..!
—Su nombre, ó teme mi furor impío...
—Mas fiel que hoy, nunca me mostré por tí...

—¡Maldecida mujer..!ah! me sofoco..!
Siento la sangre en mi cerebro hervir...
¡Oh! yo me vuelvo, yo me vuelvo loco...
Su nombre dime sin me hacer sufrir.

—¿Su nombre..? no lo sé: penetró osado,
Sin mi consentimiento, cual ladron;
Pero nada de mí, nada ha alcanzado,
Pues solo odio inspiró á mi corazon...

Creemelo, querido Juan, que fiel te he sido,
Te juro de los astros por la luz:
Por el Eterno Ser que suspendido
Se halla, amoroso, de la santa Cruz.

—¡Hipócrita mujer...! basta; no jures
Mas y mas ofendiendo al Criador:
No que eres inocente me asegures,
Cuando has faltado á tu deber y honor:

Arruinado esta noche por el juego,
Donde todo he perdido por mi mal;
A ver tambien mi honor perdido llego.
Por una esposa vil y desleal.

¡Oh...! apártate de mí...dijo arrojando
A María en el suelo con furor:
¡Apártate de mí...! marcha, dejando
A los queridos hijos de mi amor...

—¡Ah...! sí, maltrátame, Juan: resignada
Todo á sufrir, por complacerte, estoy...
De tus rodillas estaré abrazada,
Porque fiel madre y fiel esposa soy...

Porque los amo, como á tí te amo,
Y no puedo este techo abandonar:
Porque mi bien los llamo, cual te llamo,
Y la vida, sin ellos, he de odiar...

—¡Infeliz, infeliz, huye... ó la muerte
Me barás te dé, llevado del furor...
—Dámela, dámela, que así mi suerte
Será menos terrible y mi dolor.

—¡Maldicion...! exclamó entonces,
Mirando tal resistencia,
Y huyendo de su presencia
El aflijido D. Juan.
Y apretando entre sus manos
Su ancha y abrasada frente,
Esclamó: “¡yo estoy demente...
Mi cabeza es un volcan...!”

Y luego, fuego brotando
Por sus espantados ojos,
Por la ardiente sangre rojos,
Empezó á andar con furor;
Y despues miró á María,
Que estaba llanto vertiendo,
Y á su alcoba entró corriendo,
Dando un grito aterrador.

—¡Está loco...! exclamó entonces
 La triste esposa, aterrada,
 Que aun seguia arrodillada,
 Sin de allá atreverse á alzar.
 ¡Está loco...! sí, está loco...!
 Ese grito, suerte impía,
 El mismo es que el otro día
 Dió, sin su juicio al quedar.



PASO CUARTO.

PROYECTOS.

Y aunque estaba tan inquieto,
 Fácil era deducir
 De aquel continuo latir
 Cuál era el único objeto.
 Ruñí.

Ya mas adelante vimos
 Cómo consiguió D. Pedro
 Que le alquilaran la casa
 En la calle de Plateros.

La casa que daba encima
 De la tienda del joyero,
 A quien despojar queria
 De cuanto tuviese dentro.

Bien dispuesto el plan estaba,
 Porque ninguno viviendo
 En la tienda, era muy fácil
 Bajar por el entresuelo,